



MAGALI GARCÍA RAMIS
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, RÍO PIEDRAS
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

«TE A BRASA DE CORASON, YSOLINA»

Fecha de recepción: 29 de noviembre de 2022

Fecha de aceptación: 20 de enero de 2023

CAPÍTULO 9 DE *EL LIBRO DE LAS TÍAS, UNA MEMORIA*

Son solo cinco cartas breves, de una pequeña hoja de papel cada una. Las encontré dobladas en una de las decenas de cajas y bolsas donde mi tía María Luisa por decenios guardó, con una misma devoción, cartas ornadas como encaje por la polilla, entradas a matinés de películas en blanco y negro y contratos de compras de tierras fechados dos siglos atrás. Tienen palabras correctas y palabras mal escritas, y también tienen vocablos indescifrables porque el trazo del lápiz con que se escribieron fue muy débil. El tiempo ha borrado poco a poco algunas letras y sus errores, pero ha dejado intacta la querencia. Porque Isolina tenía mucho sentido común, y también, mucho sentimiento, y poco a poco desarrolló una pasión encendida por ese mallorquín flaco y retraído bajo quien trabajaban sus dos hermanos varones.

Francisco Ramis e Isolina Díaz viven separados. Él, cuando puede, va a verla. Imagino pasa la noche en la casita a las

afueras de Caguas y regresa temprano en la madrugada a su trabajo en la hacienda Santa Catalina. Las cartitas no tienen fecha, pero infiero que son de entre 1904 y 1906, porque no han nacido las hijas; son cartas de una joven enamorada y deslumbrada con el objeto de su amor. Isolina le escribe a Francisco porque está desesperada, porque quiere saber de él. Quiere no, necesita, con urgencia, sin aguardar más, saber que él está ahí para ella, que la quiere, que la tiene metida en sus entrañas como ella lo tiene a él. Esa muchacha tiene 20 años y es costurera diestra con aguja e hilo, y si hiciera falta se bordaría en el pecho en carne viva un escapulario en punto de cruz con la «F» de Francisco y la «Y» que él usó siempre para nombrarla y así proclamar que está unida de raíz a ese hombre con el que se ve cuando es posible, cuando la vida se lo permite.

«Francisco hay que ma tar la puerca y quiero que tu coma della», escribe. Apenas sale de la adolescencia, está en esa edad de vaivenes en que el amor, si florece, baja para adentro y se afianza húmedo al corazón como si tuviese raíces de mangle.

Él siempre está algo delicado de salud —o cree que lo está— y ella, que ha visto morir a muchos de su familia inmediata, se agobia. «. . . no estoy tan quila hasta no saber de ti. ci tu supiera lo mucho que yo sufro cuando tu esta en fermo . . .», añade.

Ella ha aprendido las primeras letras —creo que fue mi abuelo quien le enseñó porque la caligrafía de ella es una versión rústica de la de él— y, como hacemos todos al comenzar a escribir, plasma sobre papel sus palabras siguiendo la lógica de la oralidad. «. . . cuando llegan tre dias o cuatro cin verte me parece te a pasado argo y no te pasara nada pero son ilusione mias que tengo ya con tigo. . .».

No recuerdo si mi abuela alguna vez dijo «ansina», si le añadió una «s» al final a volviste o conociste, si contó que

«Íbanos» en vez de «íbamos», si cometió esos errores de los que ahora colectivamente abjuramos y nos burlamos en las redes sociales, porque su hablar estaba lleno de los arcaísmos de toda esa gente campesina criada en la ruralía de la Isla cuya ignorancia de las reglas del idioma se le recrimina. No recuerdo, pero sé que ninguno de sus hijos jamás se avergonzó de ella. Y sé que para comprender el amor que estaba sintiendo a principios del siglo 20 en un barrio rural de Caguas, no importan los errores ortográficos, porque lo que ella escribe es tan honesto y tan sencillo como lo fue ella su vida entera.

Me gusta que haya guardado esas cartitas. Y me gusta más aún que mi tía María Luisa las haya preservado. Ésas, y algunas líneas que mandó a sus hijas cuando estaban de viaje, son las únicas muestras que tengo de su escritura, de esa identidad que dicen que es como la huella dactilar; son letras que develan la pasión sin ambages que sentía por el amor de su vida. Porque ella no escribía pensando en que cien años después alguien leería sus palabras, ella enviaba esas cartitas con el desespero de los enamorados. Y lo hacía a pesar de que él se molestara porque era a través de «un muchacho». «Yo se que a tite ta malo que mande carta con nadie y conmuchacho meno pero me perdo nara mis in prudencia. . .». Porque la desesperación de saber del amor de uno siempre va por encima de las reglas, de las normas, de la sociedad y, sobre todo, de la prudencia.

Claro que el muchacho de mandado podría comentar en el barrio que el señorito de la Santa Catalina, el sobrino de don Pascual Borrás y Llacer, el españolito llegado a regentear, tenía amores con Isolina, la menor de Manuel Desmero Díaz, el de Gurabo, que había muerto apenas unos años atrás. Pero cuando se ama de verdad, se es insensato, siempre ha sido así.

Isolina de despide en una de esas cartitas definiendo su ser sin dobleces: «. . .te quiero has ta la muerte de vera Ysolina».

En otra, cierra con la ansiedad a flor de piel: «. . .esta arma ques ta en pena tuya te a brasa de corason».

Siempre esta mujer abrasará a ese hombre. Pero durante toda la vida de mi abuelo siempre serán dos mujeres las que estén en pena por él mientras no lo tengan de frente: en la isla de Puerto Rico, mi abuela Isolina Díaz Rodríguez, su único amor; y en la isla de Mallorca, su madre María Luisa Borrás, quien le seguirá exigiendo por 32 años corridos, con otra letra, en papeles timbrados pero con la misma intensidad, que su único hijo, Francisco, vuelva a su abrazo.